

Peter V.N. HENDERSON: *Félix Díaz, the Porfirians, and the Mexican revolution*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1981. XI + 239 pp., ilus.

Por mucho tiempo los antihéroes de la revolución mexicana, los dictadores vencidos y sus partidarios, sólo como excepción fueron dignos de recibir la atención de los historiadores. Esto es cierto, sobre todo, en el caso de las figuras menores, doblemente perdedoras como grupo social y como individualidades. Sin embargo, el correr del tiempo y la perspectiva que otorga, así como un agotamiento relativo del campo de los héroes para los historiadores —mucho se ha escrito, ya sea desde la perspectiva académica o de otras, sobre Madero, Zapata, Villa, Obregón o Carranza— ha llevado a que poco a poco vaya surgiendo una bibliografía de buena calidad en torno a la contrarrevolución. Pioneros en este campo son Michel Meyer y la Universidad de Nebraska, con los trabajos sobre Victoriano Huerta y Pascual Orozco, a los que viene ahora a sumarse éste sobre el eterno perdedor: el general Félix Díaz, sobrino de don Porfirio y campeón de la causa porfirista desde el principio de la revolución hasta bien entrados los años veinte.

El trabajo de Henderson cumple cabalmente con los requisitos académicos. Los pies de nota hacen referencia a veinte archivos y colecciones de documentos así como a otras fuentes documentales impresas, libros, folletos y periódicos. Desafortunadamente el autor nos informa que aquello que debería ser la fuente principal para esta investigación, los documentos del propio Félix Díaz, no existen, aunque alguna parte de su correspondencia se encuentra entre los documentos del general Pablo González. De todas formas, la imagen del personaje y su medio es bastante completa, y sin duda constituye una aportación importante para la reconstrucción de ese fascinante mundo de los actores secundarios que, junto con las historias de los movimientos sociales y políticos constituyen un elemento indispensable para comprender cabalmente el significado y la sorprendente complejidad de la revolución mexicana.

Para Henderson, Félix Díaz fue básicamente un liberal del siglo XIX que de todas formas trató de asimilar algunas de las nuevas realidades. Su "Plan de Tierra Colorada", de 1916, con-

tiene algunos puntos en defensa del ejido y de las tierras comunales, así como una fórmula para la división de los grandes latifundios en favor de la mediana propiedad. Sin embargo, este reformismo, esta "puesta al día" del porfirismo, estuvo rebasada desde su inicio por las corrientes revolucionarias y sus ecos alcanzaron a muy pocos.

El Félix Díaz que sale de las páginas de Henderson es una figura tragicómica. Un militar y político ambicioso pero inepto, falto de cualidades carismáticas, en torno a quien se reúnen los remanentes de una clase y de un modo de ver México —"los porfiristas"— sólo cuando los otros posibles líderes de su grupo, en particular Victoriano Huerta, han desaparecido de la escena. Si finalmente Félix Díaz se convierte en un líder —nunca muy importante— es gracias a la única cualidad que el autor resalta en su personaje: su perseverancia. Félix Díaz inició una carrera en la cual los fracasos se hicieron presentes desde muy temprano, incluso antes de que la revolución estallara. Con una terquedad digna de mejores causas, el sobrino de don Porfirio continuó en su intento de lograr que el papel de líder y salvador de una clase y su proyecto nacional se adecuara a sus medianas posibilidades. Otros en sus mismas circunstancias y condiciones se retiraron muy pronto a disfrutar, en la paz del expatriado rico, de los bienes materiales que habían logrado rescatar de la tormenta. Félix Díaz, en cambio, se jugó en repetidas ocasiones el todo por el todo, incurriendo cuando así le convino en actos imperdonables, como fue su complicidad en el asesinato de los depuestos presidente y vicepresidente Madero y Pino Suárez en 1913, pero sin alcanzar nunca, en cambio, ningún momento de grandeza.

La distancia entre el autor y los acontecimientos, aunado al hecho de que Henderson no es mexicano y de que por tanto le es más natural no tomar partido, han dado por resultado un libro equilibrado y objetivo, en la medida en que esto es posible: una obra que busca explicar los motivos de la acción contrarrevolucionaria de su personaje, sin soslayar su responsabilidad en asuntos tan importantes como el asesinato de Madero o el ofrecimiento a Estados Unidos de una parte del territorio nacional a cambio de ayuda material en su lucha contra Carranza. Existe, empero, un área en la cual el lector desearía que se hubiera arrojado más luz, sobre todo en esta época en que las biografías de los líderes sólo se justifican en la medida en que sirven para comprender e iluminar a todo el movimiento que encabezan. Lo que falta

es precisamente la naturaleza de las bases sociales del movimiento felicista cuando éste dejó de apoyarse en el ejército federal, o sea después de 1914. Henderson nos señala bien quiénes fueron los jefes rebeldes que auxiliaron a Félix Díaz o se subordinaron a él en su lucha contra los carrancistas, pero casi nada nos dice sobre la naturaleza de las tropas a quienes guiaban estos jefes. Es de suponer que las filas felicistas —nunca muy numerosas— estaban formadas basicamente por quienes buscaban la paga y no por seguidores de sus principios políticos o por el magnetismo personal del jefe. De todas formas, hubiera sido interesante que el autor ahondara en la naturaleza de este grupo de hombres que por un buen tiempo se jugó la vida en defensa de Félix Díaz. Los motivos del personaje y sus lugartenientes son siempre claros, pero no es ese el caso de los subalternos, los cuales siguen siendo un misterio para el lector después de concluir el libro.

Como la gran mayoría de las obras que sobre México y América Latina se editan en el mundo anglosajón, este libro no deja de tener algunos problemas cuando cita nombres en español. Tiene, además, otros errores, como por ejemplo confundir a los cadetes de la Escuela de Aspirantes de Tlalpan con los del Colegio Militar al abordar el tema del cuartelazo de Félix Díaz y Bernardo Reyes en 1913. Algunas tesis secundarias son dudosas, como por ejemplo, la de insinuar que el movimiento de Madero tuvo, en sus inicios, el apoyo implícito de Estados Unidos por el sólo hecho de que los maderistas prepararon su movimiento al norte del río Bravo. Finalmente, el término “revolucionario” es usado de manera tan amplia que en ocasiones el autor lo emplea para definir a Félix Díaz y sus seguidores, contrarrevolucionarios por excelencia. Sin embargo éstos son puntos menores que no alteran la contribución positiva de Henderson al conocimiento de la historia de la revolución mexicana.

Lorenzo MEYER
El Colegio de México

Charles R. BERRY: *The reform in Oaxaca (1856-1857): A microhistory of the liberal revolution*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1981. 282 pp.

A pesar de su aspiración anunciada de ser una historia social de nuevo cuño (“grassroots history”), la obra de Berry es funda-